

Durante la comida, se esforzó en probar á Esther que nunca había estado mejor.

—¡Ay! (dijo): el sol se va.

Apenas hacía ocho días que estaba instalada en su casa, cuando ya estaba soñando en emprender nuevos viajes. Nos hablaba de Madera, de Meuton y de Argel.

—Decididamente (exclamó de pronto), no volveré á sentarme á la sombra de las pirámides, pero iré á Cannes.

Se creyó que era un capricho pasajero; pero ocho días después anunciaban los periódicos que la señorita Esther pasaría en Cannes el invierno.

V.

El último adiós.

Quando Esther partió para Egipto, M. de La Marche la acompañó hasta el buque que, según la expresión de la trágica, «llevaba á Fedra y su fortuna.» Desde Egipto escribió Esther algunas cartas á M. de La Marche; pero éste no era ya más que un amigo, separado por completo de todos los recuerdos de sus pasiones. Ella le escribía: «Cuando V. me amaba, era yo un cuerpo con un alma; hoy día soy un alma sin cuerpo.»

La verdad es que M. de La Marche la había amado más por su encantador ingenio que por su belleza pasajera.

Ya he dicho que había ido á abrazarla á Tebas; pero no pudo estar con ella hasta su regreso á Francia.

Quando partió para Cannes, quiso acompañarla; pero, al verse tan enferma, rehusó por un sentimiento de coquetería. Hubiera sido muy dulce para ella verse acompañada por el amigo

que había sucedido al amante; pero no quería dar el prosaico espectáculo de una enfermedad cruel al que la había contemplado llena de encantos.

—No, amigo mío (le dijo tristemente): ya le llamaré á V. cuando esté allí.

En cuanto llegó á Cannes, y pensando siempre en M. de La Marche, se puso, con sus manos tan pronto heladas como abrasadoras, á empavesar con flores una habitación cerca de la suya, para recibirle según le inspiraba su corazón; pero de pronto se detuvo, al contemplarse en un espejo.

—Y bien (murmuró). ¡No, no hace falta que venga!

Además, al cabo de algunos días se borró por completo de su alma aquella querida imagen. No veía distintamente más que las figuras de sus hijos, de su madre y de sus hermanas. Se parte de la familia y se vuelve á la familia. Los ingertos mejor adheridos concluyen por separarse del árbol cuando está herido de muerte.

Esther no volvió á ver más á M. de La Marche.

—Si es una penitencia (dijo ella), tanto mejor.

VI.

El país de la muerte.

Esther había dicho: «Quiero vivir en la Plaza Real para estar más cerca del Padre Lachaise. Se entretenía y se reía con sus hijos; pero la gran sombra de la muerte la seguía paso á paso; se estremecía ya bajo el sudario; llamaba á sus amigos como para que la defendieran; pero el alegre batallón de las Victorias y Conquistas se había dispersado. Nada dura en este mundo, y en París menos que en ninguna parte. Las figuras pasan como por el cristal de un espejo. ¡Sueños! ¡Sueños! ¡Sueños! Además, que ya no se cenaba en casa de Esther, y temían entristecerse. Ella, por su parte, se sentía sumergida en las tinieblas, y anhelaba el sol, aquel amigo que tan dulce había sido para ella en Egipto, y que esperaba volver á ver en las orillas del Mediterráneo. Se decidió á partir: estaba determinado que había de morir bajo el beso del sol.

Partió, pero no volvió más.

Digo mal, volvió; pero acostada en un fére-